

## JOSE LUIS ABELLAN EN LA TRADICION HISTORIOGRAFICA DE LA FILOSOFIA ESPAÑOLA

La *Historia de la Filosofía Española* como rama independiente de la investigación cuenta ya muchos años de existencia. Sin remontarnos a los clásicos catálogos nominales, cronicones apologeticos y colecciones más o menos completas y fidedignas de los siglos XVI, XVII y XVIII, es en la segunda mitad de este último siglo y sobre todo en el XIX, cuando comienza a sentirse verdaderamente la necesidad de reconstruir nuestro pasado filosófico; y no como quiera, sino según los nuevos ideales de la ciencia histórica: eurística bien fundada, hermenéutica crítica y objetividad. Una picante anécdota transpirenaica: la impertinente, pero revulsiva frase de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica* (París 1782), «¿Qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, seis. Qué ha hecho por Europa?»; un ambiente socio-cultural proclive a resaltar los orígenes nacionales: el Romanticismo; un programa político reformista, ávido de clarificar el sinuoso curso de la tradición peninsular: el Liberalismo... He aquí en síntesis tres de los factores que estimularon nuestro regreso al pasado y que impulsaron los proyectos de investigación histórica habidos entre nosotros a caballo de los siglos XVIII y XIX.

Los campos preferentes de cultivo historiográfico fueron la Literatura, el Derecho y la Filosofía. En los comienzos sobre todo los dos primeros, donde muy pronto se lograron frutos maduros y ejemplares. Sin embargo, la recuperación histórica de nuestra filosofía fue más lenta, sombría y problemática. Laverde, Martín Mateos, Cuevas, Vidart, Canalejas, Menéndez Pelayo..., figuran como hitos importantes y beneméritos en la larga y difícil carrera fundacional de nuestra historiografía filosófica contemporánea. Sin embargo, ni por la forma ni por el contenido logró producir este grupo obras modélicas, semejantes a las que dio a luz Martínez Marina en el campo del Derecho, o Amador de los Ríos en el de la Literatura. El fenómeno cultural y publicitario conocido con el nombre de «polémica de la ciencia española», que atraviesa prácticamente todo el siglo XIX, malogró esfuerzos y esperanzas, polarizando a unos hacia la *apología* facilona e injustamente selectiva de lo nacional, y a otros hacia el *extranjerismo* simplista y papanatas. Y fueron sobre todo los filósofos y críticos de profesión quienes cayeron en la «trampa» con una facilidad que asombra hoy, gastando demasiada energía en una lucha estéril y —casi diría— sin sentido. Sin duda alguna, la forma más explícita y segura de demostrar el patriotismo habría sido, como alguien dijo, el haber escrito uno de los infinitos libros que nos faltaban.

No obstante algo se hizo, y no de escaso valor. Piénsese por ejemplo en un Menéndez Pelayo que, a pesar de su reconocida parcialidad y dogmatismo, tan cacareado por tantos chiticallas como por el mundo han sido, fue precisamente el que rescató para la historia filosófica nacional, no sólo un sinnúmero de títulos y de autores que, como ha señalado el profesor Abellán en su última obra, «constituyen aún hoy en día fuente imprescindible de nuestra investigación», sino aspectos muy importantes de nuestra tradición «heterodoxa»; lo que parece sorprendente en una personalidad cultural como la suya. Todo el mundo convendrá en que no le correspondía a él haber rescatado dicha tradición, precisamente en virtud de esa misma parcialidad y dogmatismo de que se le acusa, y que nosotros no tenemos ningún reparo en admitir. Pero que se sepa, nadie; ni progresista ni moderado, ni liberal, ni servil, se atrevió a tanto. Por otra parte, todavía vivimos de los proyectos y programas de investigación debidos a la laboriosidad bien probada del gran montañés. La siembra que hizo a lo largo de su recortada pero intensa vida científica no ha sido estéril. Y si no se ha recogido aún el ciento por uno, las obras monumentales de Bonilla San Martín, los hermanos Carreras Artau, Solana y Cruz Hernández —por solo citar aquéllos cuya producción historiográfica más significativa depende directamente del inicial impulso de Menéndez Pelayo—, no son en verdad mengua cosecha.

De todos modos, a la vista de los resultados nadie puede sentirse satisfecho. En primer lugar porque la tradición historiográfica de que venimos hablando hace ya años quedó bloqueada, después de que don Miguel Cruz Hernández publicara, en 1957, su monumental *Historia de la Filosofía Hispano-Musulmana*; en segundo lugar porque, dentro de esta misma tradición, sólo se ha trabajado hasta el siglo XVI, quedando pendientes las épocas de mayor interés para el español actual; y en tercer lugar porque, después de más de cien años de meritorios esfuerzos y de buenas intenciones, carecemos todavía de una obra de conjunto, de un buen manual completo de *Historia de la Filosofía Española*, capaz de satisfacer las necesidades profesionales de docentes y discentes, o la mera curiosidad intelectual de toda persona que desee estar bien informada sobre el tema. Los manuales al uso como el de L. Martínez Gómez, publicado como apéndice a la *Historia de la Filosofía* de J. Hirschberger, el de G. Fraile publicado en la B.A.C. y el más reciente de J. L. Abellán-Martínez Gómez, tienen ciertamente su mérito y en general conservan toda su eficacia como instrumentos válidos de información, pero bien por excesiva concisión, bien por escasez hermenéutica, ninguno proporciona una idea cabal de nuestra historia filosófica, ni del conjunto de problemas inherentes a la misma.

Pues bien, el profesor de la Universidad Complutense de Madrid, José Luiz Abellán, va camino de convertirse no ya en el autor del *manual* que necesitamos, sino en uno de los eslabones esenciales de la tradición historiográfica de la filosofía española. Su *Historia crítica del pensamiento español*, de la que ha aparecido el primer tomo, justifica sobradamente nuestro aserto<sup>1</sup>. Pero no sólo por esta obra —la más importante

<sup>1</sup> José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español, I. Metodología e Introducción histórica* (Espasa-Calpe, Madrid 1979). La obra completa constará de

del autor hasta el presente—, sino por la serie de trabajos que ha venido dando a la imprenta desde hace aproximadamente dos décadas<sup>2</sup>. La *Historia crítica* es sólo el fruto maduro de muchos años de dedicación ejemplar, de tanteos y aproximaciones a un tema «comprometido» y que prácticamente había sido «aparcado» en la investigación nacional. Entendámonos. No es que haya habido interrupción en el estudio de nuestra filosofía; lo que ha ocurrido es que no se había hecho cuestión de ella misma en los términos y con la amplitud y sistema en que aquí se hace. El gran mérito del profesor Abellán consiste en haber dado expresión actualizada, rigurosa, lúcida y convincente a toda una rica problemática ínsita en el tema de la historia de la filosofía española.

De esta forma dicho profesor ha renovado sobre bases más seguras, completas y depuradas, la importancia histórica y teórica de la materia que aquí nos ocupa. Hay problemas filosóficos, pedagógicos e incluso políticos que quedarían en penumbra de no abordarse el tema de la filosofía española; o si se prefiese, de las filosofías «nacionales». Al entenderlo así, José Luis Abellán ha prestado un buen servicio en primer lugar a la Universidad, a la que no sólo ha hecho ver la necesidad de incluir la *Historia de la Filosofía Española* como disciplina académica de primera línea en sus planes de estudio y programas de investigación, sino que le ha ofrecido al mismo tiempo el instrumento adecuado para su estudio y, lo que es más importante, la justificación epistemológica y moral de su cultivo. En segundo lugar a la filosofía —en concreto a la historiografía filosófica—, que se ha visto asimismo enriquecida por las aportaciones metodológicas y descubrimiento de nuevos horizontes. En tercer y último lugar a la propia sociedad española, que encontrará en la última obra del profesor madrileño argumentos muy firmes para esclarecer y vitalizar su conciencia nacional.

El tomo primero de la citada obra, único que hemos tenido en cuenta al redactar estas líneas, consta de dos partes: la primera, titulada «Metodología para una Historia de la Filosofía Española», es la más original y valiosa desde el punto de vista historiográfico; la segunda, titulada «Introducción histórica», recoge la aportación hispánica a la filosofía desde los romanos hasta el final de la Edad Media, dando por sentado que «no hay ni puede haber pensamiento español en sentido estricto anterior a la existencia de España como forma política y con un grado mínimo de integración cultural» (p. 151), circunstancia que sólo comienza a darse a partir de los Reyes Católicos. Por tanto, toda manifestación filosófica anterior debe ser considerada como precedente,

cuatro tomos, el segundo de los cuales está a punto de aparecer, y lleva por subtítulo *La Edad de Oro*; el tercero comprenderá *El Barroco. La Ilustración*; y el cuarto, los Siglos XIX y XX.

<sup>2</sup> *Miguel de Unamuno a la luz de la Psicología* (1964), *Ortega y Gasset en la filosofía española* (1966), *Filosofía española en América (1936-66)* (1967), *Visión de España en la generación del 98* (1968), *La cultura en España (Ensayo para un diagnóstico)* (1971), *Mito y cultura* (1971), *Sociología del 98* (1973), *La industria cultural en España* (1975), *El Erasmismo español. Una historia de la otra España* (1976), *El exilio español de 1939* (1976), *El pensamiento español de Séneca a Zubiri*. En colaboración con Luis Martínez Gómez (1977), *Los españoles vistos por sí mismos* (1977), *Panorama de la filosofía española actual. Una situación escandalosa* (1978).

antecedente o introducción a dicho pensamiento. Lo cual no justifica la eliminación de su estudio, pues si aquéllo no puede llamarse propiamente pensamiento *español*, también es verdad que contribuye a crearlo, y puede decirse que forma parte del mismo como las raíces forman parte del árbol. Justificado así la ocupación con la «Prehistoria» de la Filosofía española, se limita Abellán —como él mismo dice— a dar de ella «un esquema elemental, y siguiendo módulos tradicionales» (p. 153). Sin embargo, a mi entender, lo que el autor hace en esta segunda parte es algo más que seguir un camino trillado: descubre aspectos inéditos, plantea nuevos problemas de interpretación, incorpora con sentido crítico la más reciente bibliografía sobre cada uno de los temas, remodela en algunos puntos nuestra imagen del pasado remoto... Especial mención hay que hacer, por la originalidad de los planteamientos, de los tres últimos capítulos de esta segunda parte: XII) *La filosofía cristiana. Siglo XV*; XIII) *El Prerrenacimiento*; y XIV) *El primer humanismo castellano*.

De todos modos, como hemos dicho anteriormente, lo más valioso y original del volumen que comentamos se halla en la primera parte o introducción metodológica general. En ella plantea el autor problemas tan interesantes como el de las historias «nacionales» de la filosofía, el de la validez de la *Historia de la Filosofía Española* como disciplina académica, el de los caracteres específicos de la filosofía española... Analiza además el fenómeno cultural conocido con el nombre de «polémica de la ciencia española» (década de los 70 del s. XIX), cuya inclusión es imprescindible para comprender el estado de la cuestión y, finalmente, da una idea de la situación actual de la investigación historiográfica en el campo de nuestra filosofía. La afirmación de que la *Historia de las Ideas* representa el marco adecuado y preferente para el estudio de la filosofía española, la definición de la filosofía como «el momento de máxima conciencia intelectual que de sí adquieren determinadas culturas, grupos, clases sociales o individuos» (p. 103) y el trasfondo de la teoría de los mitos elaborada por el autor, constituyen tal vez los goznes sobre los que gira toda la fecunda metodología de la obra.

Estamos, pues, ante las primicias de una obra espléndida, oportunísima, de auténtica factura historiográfica, destinada a encauzar la investigación de nuestra filosofía por vías fecundas, en cierto modo complementarias de las recorridas tradicionalmente hasta aquí. «El nuevo método empleado por el prof. Abellán —aprovechando el rendimiento de las ciencias sociales para el estudio de la filosofía— permite asistir, por primera vez, a una exposición de la evolución filosófica española con un «argumento» propio y un sentido significativo para el lector. Ese sentido es el desarrollo de la «conciencia nacional» a lo largo del tiempo, lo que hace de esta obra algo más que un libro de filosofía. Es verdad que la conciencia española se expresa filosóficamente en numerosos períodos, pero en muchas otras ocasiones esa expresión es literaria, religiosa, poética, política..., lo que convierte este estudio en una historia de las ideas dominantes en nuestro país a lo largo del tiempo. Nos encontramos así ante una exposición de los momentos de máxima conciencia del pueblo español, con lo que su interés parece obvio: conocer nuestro destino como pueblo, su razón histórica, la significación ideal de la nación en que vivimos y a la que pertenecemos, es al fin y al cabo nues-

tro modo propio de inserción en la comunidad humana» (2ª solapa del tomo que comentamos).

Una historia así escrita y proyectada desautoriza el dicho tan frecuente entre la «progresia» de que lo interesante no es escribir la historia, sino el hacerla. La obra del profesor José Luis Abellán, como la de tantos otros de nuestra mejor tradición historiográfica, demuestra que la historia no es solamente acción, sino expresión. Por tanto, quien *escribe* bien la historia, *hace* también historia; y a veces con una eficacia infinitamente mayor que quien consciente o inconscientemente esconde su pereza intelectual o su ignorancia tras los acontecimientos fugitivos de cada día. Métase, pues, el lector pausadamente en el contenido de esta obra; verá cómo tiene virtud bastante no sólo para satisfacer sus necesidades de erudición, sino para integrarlo con mayor lucidez y consecuencia en una gran comunidad llamada desde hace más de quinientos años *España*, que de este modo se identifica, se autoposee, y por ello mismo se renueva.

ANTONIO HEREDIA SORIANO